

“El peligro de la historia única”

Hoy, por primera vez, fijé mi atención en un chico de mi clase. Miranda y Juan Pablo, dos amigos míos, estaban susurrando sobre él en un rincón:

—Me llega ese *pata* de allá —dijo Juan Pablo, fastidiado—. Yo estoy con él en tres cursos y en todos siempre le dan más tiempo en los exámenes.

—¿Qué? —dijo Valeria—. ¿Cómo sabes?

—El otro día cuando me iba de mi PC de Eco lo vi salir con el profesor del salón. Tenían una actitud sospechosa, así que los seguí. Se fueron a las oficinas del H y allí vi como el profe le devolvía el examen al *pata* y le daba más tiempo para que lo acabara.

—¿Qué hablas? ¿Y eso está pasando es en todos los cursos?

—Sí, en todos. Lo he seguido durante varias semanas y me he dado cuenta de que todos los profesores hacen lo mismo con él.

La conversación terminó cuando el profesor entró al salón y regresé a mi asiento. La clase comenzó, pero yo no pude dejar de pensar en lo que nos había contado Juan Pablo. ¿Era cierto que el chico estaba teniendo privilegios adicionales? ¿Cómo los había conseguido? ¿Acaso había sobornado a los profesores? Cuando la clase acabó y mientras todos se iban, me di cuenta de que el profesor se había acercado al chico para conversar con él. Juan Pablo me tocó el hombro y con un gesto de ojos me indicó que nos escondiéramos detrás de la puerta del salón. Al cabo de unos minutos, el chico salió del salón, pero el profesor se quedó y realizó una llamada:

—¿Aló? ¿Beatriz? —Se refería a la profesora Beatriz, coordinadora del curso. —Hemos coordinado con Lucas los ajustes que se harán para él en el curso, sobre todo el tiempo adicional en los exámenes y trabajos, y el envío del material antes que a los demás.

Al parecer, los rumores eran ciertos: el chico estaba recibiendo privilegios de los profesores a espaldas de los alumnos. Me sentí muy indignado y fastidiado: las oportunidades deberían ser las mismas para todos los estudiantes de la UP y que las autoridades de la misma estuvieran permitiendo una situación como esta era inaceptable. Entonces, Juan Pablo, Valeria y yo comenzamos a recolectar todas las pruebas necesarias para denunciar este hecho y que el chico respondiera por sus acciones. Consultamos con otros compañeros de sección de Lucas y todos mostraban la misma indignación que nosotros; incluso, hubo algunos que tomaron fotos del chico resolviendo los exámenes fuera del tiempo establecido y conversando personalmente con los profesores a espaldas de los otros alumnos.

Habiendo recolectado suficiente evidencia, Valeria y yo propusimos denunciar el hecho ante las autoridades universitarias. Sin embargo, nos dimos cuenta de que Juan Pablo se nos adelantó: había mandado las fotos a Confesiones UP y este último las había publicado en Instagram, acompañadas de múltiples testimonios. Cuando le preguntamos a Juan Pablo por qué se había apresurado, él resopló y dijo:

—Si los profesores le dan privilegios a ese *pata*, las autoridades universitarias ya deben estar enteradas de la situación y no hacen nada al respecto. Por eso, preferí mandar la *info* al *Tío Confe* con otros chicos para que toda la universidad se enterara.

El punto de Juan Pablo tenía sentido. Por ello solo nos limitamos a aceptar su decisión y dejar que las redes sociales hicieran su trabajo. A las pocas horas, la publicación se había hecho viral en la universidad: los alumnos la compartían masivamente y expresaban su descontento en los comentarios. Me sentí feliz y satisfecho, porque había podido ser la voz de mis compañeros y denunciar una injusticia que nos afectaba como comunidad. Sin embargo, a las pocas horas, nos llegó un correo del rectorado de la universidad en el que nos pedían una reunión urgente. Los tres aceptamos y, el día pactado, fuimos a la oficina de la rectora. En la reunión, también participarían representantes del Centro de Bienestar y Formación Estudiantil (BFE), profesores y el chico de mi clase que habíamos denunciado. *¡Buenísimo! Pensé. ¡Por fin tomarían cartas en el asunto!*

Y sí, las tomaron: Juan Pablo, Valeria y yo fuimos suspendidos de la UP y obligados a publicar un perdón público en redes sociales. ¿La razón? Lucas, el chico de mi clase cuya imagen habíamos destruido, tenía autismo y TDAH. Las medidas que se aplicaban en su caso, como el tiempo adicional en trabajos y exámenes, tenían el respaldo de una especialista y eran aplicadas por la universidad para ayudarlo en su aprendizaje. Fue entonces cuando comprendí por qué el apoyo hacia Lucas se gestionaba en reserva y con cautela: por gente como nosotros. Nadie le preguntó a Lucas o a los profesores el porqué de la situación. Solo sacamos conclusiones apresuradas y dañamos la reputación de un chico que no lo merecía.

Aquel día, al ver a Lucas con la cabeza gacha y lágrimas en los ojos, comprendí que una parte fundamental del respeto hacia las personas, la búsqueda de la veracidad y la libertad de pensamiento y opinión es escuchar dos versiones de una misma historia antes de sacar conclusiones sobre ellas, porque lo contrario puede ser muy dañino para las personas y la comunidad. Sin duda, me apenó mucho saber que había aprendido esa lección cuando ya era demasiado tarde.